

Autor: Abilio Ayuso
EL GENIO
DEL BOSQUE

Ilustrador Ronny Bravo



Esta fábula nos demuestra que a pesar de que las profecías y augurios *TP* puedan llegar en ocasiones a resultar ciertos, el hombre prudente y comedido, siempre tendrá mas posibilidades de salir bien librado.

En una remota comarca, se daba por segura entre la mayoría de la población, la existencia de un genio que rondaba por aquellos bosques, con la capacidad de conceder cualquier deseo a quien lo encontrara.

Eso sí, nadie había llegado a verlo jamás, o tal vez quien lo hubiera visto lo negaba.

Joaquín era un habitante de aquella región, un tanto singular. Hombre adinerado, soltero y cuarentón, podía haber disfrutado ampliamente de la vida de no ser por su condición exageradamente hipocondríaca.

Temía por lo que comía y por lo que no comía, por lo que bebía y hasta por el aire que respiraba. En cualquier cosa le parecía ver agazapadas las garras de la enfermedad.

Aficionado a leer artículos médicos, si observaba que algún alimento era bueno para la salud lo comía hasta reventar, si por el contrario el artículo versaba sobre los posibles inconvenientes de tal comida, bebida o actividad, las apartaba por completo de su vida para siempre.

Tantas manías hacían que su vida social fuera inexistente, la gente que había cometido el error de invitarle a comer quedaba chasqueada cuando ni tocaba la deliciosa comida de la mesa y por el contrario consumía unas verduras que disimuladamente sacaba de una bolsa situada en su costado.

Por el mismo motivo permanecía soltero a pesar de ser un buen partido y poseer un físico bien parecido.

Todas las citas que sus amigos y vecinos le habían propuesto acababan en rotundo fracaso, o bien cuando intentaba desinfectar la mano de la señorita que le presentaban, o cuando se retiraba horrorizado si ella intentaba saludarle con un beso en la mejilla. Hasta la mujer más paciente perdía los nervios al cabo de estar un rato en su compañía.

Una tarde de cielo plomizo, paseaba Joaquín por el bosque, debidamente resguardado y provisto de su mascarilla protectora, cuando oyó unos gemidos lastimeros entre unos matorrales, se acercó prudentemente y pudo observar que provenían de un precioso zorro rojo que había sido atrapado por el cepo de un trampero.

Joaquín odiaba a los tramperos y especialmente a sus cepos, ya que de pequeño había pisado uno que le causó graves heridas en la pierna. Eso motivó que decidiera liberar al animal, más que por lástima hacia el desgraciado bichejo..

Se puso unos guantes más gruesos sobre los que ya llevaba, se acercó murmurando unas suaves palabras para tranquilizar a la pobre bestia, y asiendo fuertemente las dos piezas metálicas hizo la suficiente presión para que la boca dentada se abriera un par de centímetros.

En cuanto el astuto zorro notó que la presión aflojaba retiró de inmediato la pata.

Nuestro hombre le dijo: “Hala, ya te puedes marchar, lámete las heridas, yo no puedo curarte porque correría al riesgo de que me contagiara alguna enfermedad”.

Para su asombro, el zorro no se movió de allí y por el contrario le habló con voz humana diciéndole: “Soy el genio del bosque, y agradezco la buena acción que acabas de realizar, no puedo concederte ningún presente material, pero como pago puedo responderte a cualquier pregunta que me formules sobre el pasado, el presente o el futuro, lo que yo te diga será absolutamente cierto y se cumplirá con exactitud, pero piénsalo bien, porque solo podrás formular una pregunta”.

Joaquín no tuvo que pensar demasiado, solo había un tema que realmente le obsesionaba por tanto dijo sin vacilar: “Quiero saber si tengo que preocuparme por alguna enfermedad y que medidas debo tomar para evitarla”.

El genio respondió: “En todo el resto de tu vida no padecerás la más mínima enfermedad, ni siquiera leve, ni achaque alguno, hagas lo que hagas, comas lo que comas, toques lo que toques, nada te contagiará nunca”.

“¿Entonces seré inmortal?”.

“No, en su día morirás por causa de un accidente, absolutamente imprevisible e inevitable, pasarás de la vida a la muerte sin ni siquiera enterarte, nada de lo que hagas, ninguna precaución que tomes logrará modificar tu destino”.

Joaquín se quedó reflexionando amargamente mientras el zorro se alejaba, ¡que estúpido había sido!, había malogrado los mejores años de su vida en aras de un temor que nunca se cumpliría. Pero eso debía arreglarse de inmediato, tenía que recuperar el tiempo perdido.

Se trasladó a un buen hotel de la ciudad más próxima y se dedicó con total entusiasmo a cometer los mayores excesos. Se atiborraba de los menús más

grasientos, consumía carnes rojas a placer, bebía hasta caer extenuado y participaba en todas las juergas de las que tenía conocimiento.

En contraste a su anterior mojigatería, en su nueva vida frecuentaba, sin precaución alguna, toda clase de mujerzuelas, dándose a todos los vicios y libertinajes que su fortuna le permitía.

En siete meses engordó veinte kilos, pero tal como el genio le profetizó, ni la más mínima sombra de enfermedad empañaba su vida.

Aquella mañana un cielo plomizo cubría la ciudad con su triste manto, pero eso importaba bien poco a Joaquín, ya que las actividades de su nueva vida no precisaban de un sol radiante. Salió descalzo y en pijama a contemplar la ciudad desde la terraza de su habitación, cosa que en otro tiempo hubiera considerado pura locura, y abriendo los brazos exclamo: “Hoy hace un día perfecto para atiborrarme de...”.

No acabó la frase, ya que un rayo le dejó fulminado al instante.

En aquella misma comarca habitaba Pedro, que compartía la edad de Joaquín, pero allí acababan las semejanzas.

Felizmente casado y con dos hijos, era un hombre realmente equilibrado, sin tener las estúpidas manías de su vecino fallecido, trataba de llevar una vida sana y sin vicios dedicada al trabajo y a su familia.

A pesar de que no hubiera tenido necesidad alguna de trabajar, ya que era propietario de grandes extensiones de fértiles tierras que circundaban su caserón, tenía la costumbre de controlar y dirigir las labores que realizaban sus trabajadores, recorriendo a diario su hacienda, bien a pie o a caballo.

Dicha dedicación hacía que sus beneficios aumentaran, pero en lugar de enriquecerse exageradamente, lo cual hubiera provocado toda clase de envidias y rencores, acostumbraba a repartir las ganancias netas, mitad para él, mitad para sus trabajadores.

Dicha política fidelizaba a sus empleados que tomaban la hacienda y el cultivo como cosa propia, lo que hacía aumentar más la producción ya que hasta el último peón se sentía empresario. Era como el pez que se muerde la cola, en sentido positivo.

Cabalgaba Pedro pensando en el infortunio de un vecino suyo que, encontrándose en aparente buena salud, había fallecido de un ataque al corazón dejando mujer y tres niñas.

Nuestro hombre solo pedía a Dios que le diera vida suficiente hasta que sus hijos se hicieran hombres y pudieran valerse por sí mismos.

Andaba absorto en esos pensamientos cuando oyó un gemido lastimero procedente de unos matorrales, desmontó y se acercó, viendo que procedían de un precioso zorro rojo que había sido atrapado por el cepo de un trampero.

Pedro sintió lástima del pobre animal, ya que además tenía gran simpatía por los zorros y aves rapaces ya que le libraban de los roedores que tanto daño causaban a sus cultivos. Por eso tenía estrictamente prohibido cazarlos en sus tierras.

Tomó de la grupa de su caballo unas herramientas y un botiquín que siempre llevaba por si un trabajador se accidentaba, en pocos minutos había liberado al zorro y curado su pata, acabado lo cual le dijo: “Hala, ya te puedes marchar, pero ten más cuidado, de todas formas, no te preocupes por este cepo porque me lo llevo yo para convertirlo en chatarra”.

Para su asombro, el zorro no se movió de allí y por el contrario le habló con voz humana diciéndole: “Soy el genio del bosque, y agradezco la buena acción que acabas de realizar, no puedo concederte ningún presente material, pero como pago puedo responderte a cualquier pregunta que me formules sobre el pasado, el presente o el futuro, lo que yo te diga será absolutamente cierto y se cumplirá con exactitud, pero piénsalo bien, porque solo podrás formular una pregunta”.

Pedro se quedó un rato pensativo, aun rondaba en su cabeza la desgracia de las tres niñas huérfanas, así que finalmente dijo: “Quiero saber si tengo que preocuparme por alguna enfermedad y que medidas debo tomar para evitarla”.

El genio respondió: “En todo el resto de tu vida no padecerás la más mínima enfermedad, en su día morirás por causa de un accidente, absolutamente imprevisible e inevitable, pasarás de la vida a la muerte sin ni siquiera enterarte, nada de lo que hagas, ninguna precaución que tomes logrará modificar tu destino”.

El zorro se alejó dejando a Pedro meditando sobre lo que había escuchado, sacó en conclusión que no tenía de que preocuparse ya que ninguna enfermedad le acechaba y el accidente sería imprevisible e inevitable.

A raíz de este encuentro, nuestro hombre continuó con su vida igual que antes, viviendo sana y moderadamente, comiendo de todo, pero sin excesos y sin darse a ningún vicio.

Vio crecer a sus hijos y también a sus nietos, llegó a conocer a sus biznietos y celebrar su propio centenario con buena salud.

Una tarde de otoño estaba Pedro sentado con su mujer en el porche, apurando los últimos rayos de sol, cuando volviéndose hacia ella le dijo: “¿Sabes María?, he tenido a tu lado una vida larga, plena y dichosa, pero ahora tengo un temor”.

“¿Cuál mi amor?”.

“No me gustaría sobrevivir a ninguno de nuestros hijos”.

“No te preocupes, eso no sucederá, aunque pasan de los setenta años tienen buena salud y tú, aunque nunca hayas estado enfermo, no eres inmortal”.

Acababa de pronunciar aquella frase cuando unos nubarrones situados a sus espaldas dejaron caer un rayo que los fulminó a los dos al instante.

Desde el bosque cercano un zorro rojo contemplaba la escena mientras sonreía para sus adentros, pensando, que lo que nunca les había llegado a decir a Joaquín ni a Pedro, es que el accidente imprevisible e inevitable les sucedería justo el día antes que fueran a morir por causa de enfermedad.

FIN...